

EL AÑO DE LA FE.

Contexto, significado y propuestas.

Con la carta apostólica *Porta fidei* el papa Benedicto XVI nos convoca a la celebración de un *Año de la fe* y la pregunta inmediata es: pero ¿la fe no es cosa de todos los años?, ¿no es lo nuclear que tiene que estar detrás y en el fondo de toda opción pastoral concreta, de todo objetivo parcial a tener en cuenta? Por eso es importante preguntarnos cuál es la situación que provoca esta convocatoria pues parece querer que dejemos por un momento todo menos lo que nos define como distintos. *¡Marta, Marta!*

Esto provoca otra pregunta inmediata, pues nuestra fe se encuentra envuelta actualmente por una cultura y una conciencia eclesial empeñadas en diluir las diferencias, que sin embargo parecen estar llevándonos en una consecuencia no programada a formas larvadas de fanatismo identitario en el ámbito ciudadano y eclesial. ¿Qué decir, pues, ante esta propuesta? ¿Se trata de distinguirnos, de separarnos, de desligarnos... de los otros? Y todo esto ¿para qué?

Es claro que en el programa de gobierno eclesial del actual Papa la cuestión de Dios ocupa el lugar central. Parece que su preocupación última no es la renovación eclesial en sus formas estructurales, sino en su condición última. Esto es lo que según él es lo prioritario, *recuperar* a Dios, al Dios revelado en Cristo. O con palabras más adecuadas: dejar que Dios *nos recupere* como *su* pueblo. Pero, ¿acaso no lo somos?

En un primer momento presentaré una tensión característica de la fe que afecta directamente al planteamiento del *Año de la fe* y se encuentra como lugar de fractura de la relevancia social del cristianismo. Luego intentaré mostrar cuáles son los cambios en el contexto eclesial y social que ponen en el centro de las preocupaciones la cuestión de la fe. Finalmente, a partir de cuatro verbos que se utilizan en relación a la fe en la carta apostólica *Porta fidei*, propondré cuáles serían los senderos a transitar para alcanzar los objetivos propuestos para este *Año de la fe*.

La puerta de la fe: el hombre, también el creyente, en el umbral.

Comencemos por un texto de la carta a los Romanos (5, 1-5) referido a los creyentes que puede ayudarnos a situar la primera reflexión del Papa en su carta apostólica:

Así pues quienes mediante la fe hemos sido puestos en camino de salvación, estamos en paz con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo. Por la fe en Cristo hemos llegado a obtener esta situación de gracia en la que vivimos y de la que nos sentimos orgullosos, esperando participar de la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que hasta de las tribulaciones nos sentimos orgullosos, sabiendo que la tribulación produce paciencia; la paciencia produce virtud sólida, y la virtud sólida esperanza. Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.

Según este texto existe en nosotros los creyentes una plenitud que nos habita y nos define, una *situación de gracia*, que, sin embargo, no nos configura totalmente pues lo que hace es situar nuestra vida bajo los dinamismos de la gracia y en la esperanza cierta de participar en la gloria de Dios. Esto significa que hemos sido *situados* en un camino por el que acceder a una plenitud nuestra y, a la vez, otorgada. Se trata de una gracia que adviene a nosotros, primero como espacio dado en el que definirnos a través de la fe que otorgamos a Cristo como nuestro salvador, pero que no cobra eficacia sin nosotros. Es la fe la que abre las puertas de este universo siempre ya ofrecido en Cristo para la humanidad, aunque no siempre activo si no es en nuestra entrega de fe a él.

Este es el contexto donde la carta apostólica comienza sus reflexiones. La fe aparece así como la puerta de entrada en la salvación. Al escuchar el Evangelio quedamos situados en el umbral. Se nos pone delante un mundo que es nuestro, la altura propia de nuestra humanidad, pero que, a la vez, está a cierta y continua distancia de nuestro ser. Un mundo que nos define desde dentro y en el que, a la vez, hemos de definirnos a nosotros mismos de continuo en la existencia cotidiana viviendo para él (tal y como continúa diciendo en este capítulo Pablo). Siendo el trabajo de nuestra identificación no solo el de *la voluntad de ser alguien (llegar a ser)*, sino el de *la fe en ser alguien: hijos de Dios en Cristo (coincidir con lo que somos)*.

Esta situación nos acompaña durante toda la vida, de tal manera que nuestro bautismo, que nos inserta en esta condición eclesial de hijos de Dios, queda sujeto a una realización existencial de la gracia allí recibida. No hay otro trabajo que actualizar al contacto con cada momento y situación de nuestra vida esta condición crística de hijos de un mismo Dios y Padre. Por eso estamos siempre en el umbral como apunta, al comienzo de la Carta apostólica el Papa. Caminamos desde la condición de creyentes hacia ella misma de continuo a través de la fe (y el amor), que es la puerta por la que dejamos actuar a Dios en nuestra vida y por la que nos alcanzamos a nosotros mismos. Por eso, además, este camino dura toda la vida, porque esta nunca está hecha del todo y solo termina de definirse por nuestra parte en la muerte quedando abierta en esta misma fe a ser resucitada, llevada a término glorioso, por el mismo Dios y Padre que resucitó a Cristo de entre los muertos.

Estamos, pues, siempre y en cada momento a las puertas del cielo, pero no en medio de un mundo sin gracia y bajo un cielo cerrado cantando desesperada y agónicamente aquello de *Knockin' on Heaven's Door* de Bob Dylan, sino con la esperanza cierta de que estas puertas están ya abiertas para el mundo en Cristo, pudiendo vivir no bajo la condición de expulsados a un mundo hostil y finalmente mortal, sino bajo la condición de peregrinos que se entregan a la transfiguración de su mundo en el camino de su vida sabiendo que esta se hará verdadera. Esta es la razón por la que Pablo añade el *y no solo esto*, haciendo referencia incluso a la dureza de la vida que puede llegar a convertirse en un motivo de gloria por la fe, pues en ella y junto a

Cristo crucificado vamos dejando una huella de la luz eterna frente a la oscuridad sufriente del mundo (Hb 12, 1-3).

Este texto de Pablo está envuelto en un halo de vitalidad confiada, de alegría sostenida, de fortaleza sencilla que proviene de la acogida que los creyentes ha dado a Cristo en ellos, de tal forma que su misma existencia queda transformada en una fuente de esperanza que enciende Dios para el mundo y ofrece como aliento de esperanza para todos. Así lo refleja el embolismo de la Plegaria V/b: “Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”. Y así definía Cristo a los suyos llamándolos a ser *sal de la tierra y luz del mundo* (Mt 5, 13-16). “Con su misma existencia en el mundo -dirá Benedicto XVI- los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor nos dejó” (nº 6). Lo cual no consiste en hablar, hablar, hablar... como puede deducirse de lo dicho hasta aquí.

¿Qué otra cosa se nos podría prometer más grande que esta comunión de vida con Dios que es nuestra nueva y más propia condición?, ¿qué otra cosa podría dar a la vida la vitalidad para resistir y acoger con verdadera humanidad las horas luminosas y, sobre todo, las horas oscuras de la vida?, ¿a qué otra realidad se podría entregar uno que no le separara de su propio mundo sin encerrarlo en la estrechez que este siempre comporta? Es en la fe *en* Cristo donde encontramos la verdadera grandeza del hombre, es la fe *en* Cristo la que ilumina y da sentido a nuestros pasos, es la fe *en* Cristo la que arrumba todo muro que nos encierre en la mortalidad y tristeza de la carne. Es la fe en Cristo la que de esta manera nos ofrece la verdadera alegría que nadie puede quitar como el mismo Pablo apunta en su carta a los filipenses:

Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que todo el mundo os conozca por vuestra bondad. El Señor está cerca. Que nada os angustie; al contrario, en cualquier ocasión presentad vuestros deseos a Dios orando, suplicando y dando gracias. Y la paz de Dios, que supera cualquier razonamiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos por medio de Cristo Jesús (4, 4-7).

Esta *alegría* de la vida cristiana, que no es simplemente el entusiasmo momentáneo por las cosas que salen bien, o se desarrollan según las previsiones, o que encienden el gozo pasajero de los sentidos, es la que el Papa busca que recuperemos los cristianos. “Desde el comienzo de mi ministerio como sucesor de Pedro -dice-, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo” (nº 2). No se trata pues de recuperar la fe como un deber de vida, sino como un exceso de gracia que en el encuentro con Cristo nos abre al verdadero gozo de vivir, y de vivir en la verdad de un amor al que nada puede vencer.

Ahora bien, ¿es esto lo que se percibe en la cotidiana vida de los cristianos? Una respuesta absoluta sería injusta, sin embargo aun reconociendo que aquí y allí pueden encontrarse a los sencillos frente a los cuales Jesús mismo exultaba de gozo (Mt 11, 25-26), parece que nos encontramos en un período eclesial caracterizado por la apatía, la depresión, la inercia, la desesperanza,... ¿Qué ha sucedido si no hace mucho, (celebramos ahora el 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II) la Iglesia se mostraba alborozada con una vitalidad renovadora apenas conocida en siglos? Parece cierto que estamos en un invierno eclesial, pero este no depende solo, como a veces se dice, de la férrea estructura eclesiástica, sino de forma más extensa depende de la falta

de vitalidad en la vida de fe de los creyentes. Esta es la tesis de la que parto y que creo que está detrás de la convocatoria del *Año de la fe*.

La situación socio-religiosa y la propuesta del año de la fe.

Voy a intentar rastrear esta pérdida de vitalidad que se ha hecho presente en la vida eclesial, paradójicamente de forma paralela a la exuberancia del posconcilio. No se trata de juzgar, sino de percibir para reconocernos, pues esta historia es la nuestra y la llevamos dentro. Se trata pues de percibir nuestra situación para retomar el camino con lucidez y fortaleza frente a la cruz con la que siempre el Evangelio se hace presente.

Utilizaré para esta descripción sucinta y, por tanto, quizá discutible por su grueso trazo el término *pérdida*, pues me parece que es esta palabra la que se ha convertido en significativo básico de la conciencia de una gran parte de los creyentes. Comentaré cinco pérdidas progresivas que definen la visión que tiene el creyente de su posición en la sociedad o bien que la Iglesia percibe en su propios fieles. Ambas realidades sin embargo están relacionadas.

- ***La pérdida de presencia.*** Quizá esto sea lo más evidente. La presencia de lo cristiano ya no solo no define la realidad social, sin que incluso es absolutamente invisible en muchos espacios. La fe que lo envolvía todo ha dejado de determinar la distribución del *tiempo*, con excepciones que, sin embargo, quedan desustanciadas en su práctica, como la Semana Santa o la Navidad, ya que reciclan sus contenidos de forma no religiosa, sino étnica, estética, cultural o turística. Además el cristianismo va poco a poco desdibujándose igualmente del *espacio*: la simbología religiosa va desapareciendo de las calles, de los actos públicos y sobre todo de los MCS. Es significativo echar una ojeada a la presencia de lo religioso en las series de televisión españolas (aunque no solo) para comprobar que describen una vida en la que lo cristiano si existe es marginal, moviéndose todas ellas en una especie de espacio ya pos-cristiano. Por otra parte, la misma vida familiar ha borrado la mayor parte de los pequeños rituales de fe. Todo ello hace que la vida cristiana aparezca como una vida de catacumbas a la luz del día. En este contexto determinados esfuerzos de presencia, a veces incluso reseñados por los Medios, no son sino una señal de la pérdida de normalidad de esta presencia. La consecuencia psicológica/cultural de esta situación es la normalización de una sociedad pagana que no necesita la fe para vivir igual o mejor de lo que se vivía con ella. Algo que muchas veces es admitido inconscientemente en la práctica también por los mismos cristianos.

- ***La pérdida de relevancia.*** Esta pérdida de presencia está relacionada no solo con el descenso de creyentes que viven su fe, que aún son un porcentaje importante de la sociedad, sino con el repliegue que estos han sufrido bajo la conciencia que han asimilado de que su fe era una cuestión privada quizá válida para ellos, pero que no servía para afrontar la vida “a la altura de estos tiempos”. La distancia entre padres creyentes e hijos alejados de la práctica de la fe es especialmente significativa en este tema. Los hijos podrán respetar la fe de sus padres, pero difícilmente perciben qué utilidad podría comportar a su vida. Un cambio de comprensión de la vida que se ha desarrollado en los últimos tiempos y que venía

incubándose en un cambio cultural de más largo alcance ha competido con la iniciación cristiana y parece haberle ganado la partida. Por otra parte, ni siquiera el compromiso social basta como fuente de relevancia. Hemos de decir que en esto somos bien recibidos, pero ¿no es cierto que en este ámbito aparecemos despojados de nuestra identidad más profunda? La fe que nos mueve no es apenas valorada en este compromiso y, además, hay que decir que hemos caído en la trampa y nosotros mismos apenas hacemos referencia a ella porque hemos asumido su falta de significado ante los demás, cuando es en realidad lo que nos ha puesto en marcha. Es importante redescubrir que nosotros no somos testigos del amor, sino de Dios, que es amor, lo cual es muy distinto.

- ***La pérdida de la conciencia cristiana.*** La conciencia cristiana surge del reconocimiento de la llegada del mesías esperado de Israel con el que Dios abre su paz para todos los hombres. Es la aceptación de este Cristo como lugar único y definitivo desde el que todos tenemos acceso a Dios y Dios se vuelve a nosotros derramando su gracia definitiva lo que nos define como cristianos. Esta conciencia incluye, pues, la confesión de que en ningún otro nombre sino en Cristo hay salvación (Hch 4, 12), por más que haya apuntes de ella en el mundo o por más bienes que prometan e incluso puedan ofrecer en el camino de la vida. Solo en su vida, muerte y resurrección el hombre encuentra la respuesta a su misterio anhelante de vida plena (GS 22). Por eso el creyente sabe que no pertenece a una religión entre otras, que no cree en este Dios como otros creen en otro y ya está... El cristiano sabe que ha recibido el don no solo del amor de Dios, sino de su verdad y, por eso, puede caminar en una esperanza cierta entregándole toda su vida, aun a costa de perderla en este mundo, y por eso además siempre es enviado a los demás para compartir esta salvación que es para todos. Sin embargo, parece que el cristianismo ha perdido esta fuerza de convicción en los cristianos, convirtiéndose para ellos en una ayuda para la vida cotidiana, una ayuda junto a otras y como otras. Parecería que por renunciar a un posible orgullo de elegido, fuente de humillación y exclusión para los demás, hubiera renunciado a la verdad de su fe y por tanto a la vitalidad que esta ofrece. Es necesario decir que esta conciencia frente a los otros es la que habría que haber adquirido en la salida de la cristiandad, pues en ella las condiciones de vida del cristianismo son muy distintas ya que ocupa todo el espacio social. Pues bien, la apertura a los distintos mundos culturales y religiosos de la pos-cristiandad ha dejado herida la identidad eclesial.

- ***La pérdida de la alegría (del gozo de ser cristianos).*** Inmediata consecuencia es la pérdida de la alegría de la fe. Esta ya no es un don inmerecido que uno ha recibido como fuente de esperanza, sino una especie de herencia que uno asume sin gratitud porque tampoco ve en ella el tesoro por el que dejarlo todo. Se recibe así la fe como una realidad más entre las múltiples realidades de la vida, realidad que debe pasar como todas por el tamiz de su utilidad concreta para no ser desechada a las primeras de cambio. Así se reciben las oraciones, los mandamientos, los ritos, la comunidad... que sostienen la fe. Valen mientras sirven a la vida que se va configurando, sin embargo, al margen de ellas, bajo la promesa de gozo de otras realidades más concretas, más sustanciosas... en el contexto de una cultura cada vez más materialista e inmediatista (como dicen por mi tierra, “la misa y el pimiento son de poco alimento”). La fe no se convierte en aquella realidad que pone las cosas en su sitio y les otorga una dimensión de eternidad o de caducidad, de hondura o superficialidad en las que apunta nuestra verdad y nuestra vida, sino

en un departamento de normas, peticiones y quejas al que se visita solo de vez en cuando.

- ***La pérdida de la misión.*** ¿para qué habría que esforzarse uno en hacer partícipe a los demás de esto?, ¿por qué entregar la vida para que se conozca el evangelio? Al fin y al cabo como dicen muchas madres, seguramente un poco resignadas y escondiendo su tristeza al justificar el abandono de la fe de sus hijos: es “un buen chico, generoso...”. Pero Cristo no vino para hacernos *buenos chicos*, no vino a darnos un mandamiento más o a que cumpliéramos de una vez los que ya teníamos, sino para darnos acceso a la filiación divina, a la vida eterna, a la conciencia gozosa de que *ni muerte ni vida, ni ángeles ni potestades, ni presente ni futuro, ni poderes ni altura ni hondura, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios.* Que frente a toda *tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada... vencemos de sobra gracias a su amor* (Rom 8, 35.38-39). Esto es de lo que damos testimonio y hemos de comunicar si lo hemos descubierto y lo vivimos, claro está. Y este es el problema, que a base de darlo por sentado se ha hecho banal al desustanciarse interiormente. Quedan las palabras pero no la realidad. Ejemplo concreto es, por ejemplo, la idea de que Dios es padre que todo el mundo afirma sin la conmoción que conlleva la novedad y alegría que supone porque realmente no significa nada.

Es esta irrelevancia salvífica de la fe en nuestra vida, junto con haber puesto el amor solicitado por Dios en el centro frente a la fe, convirtiéndolo así en un mandamiento, antes de verlo como una gracia (1 Jn 4, 10), lo que ha hecho que la misión, la pequeña misión de cada día que es el hablar con naturalidad del tesoro de nuestra fe y ofrecerlo haya desaparecido de nuestras conversaciones cotidianas.

Estas son las pérdidas, pero ¿dónde está la raíz de esta pérdida de la fe? Creo que se trata de una especie de efecto secundario de su misma grandeza. Intentaré explicarme porque esto nos va a conducir inmediatamente hacia la propuesta.

Nuestra fe cristiana ha ocupado durante siglos casi toda la realidad de la vida social y de la vida personal. Su potencia creativa se ha dibujado en todos los ámbitos de la vida personal y social: la cultura, la política, la economía... Podríamos decir que nuestra sociedad es lo que es gracias a ella. Pese a todos los pecados eclesiales que igualmente han marcado en desarrollo de nuestra sociedad, la fe ha sido la fuente primaria y vivificadora de la vida, como puede comprobarse cuando incluso los que han abandonado la Iglesia siguen mucho más incluso de lo que creen, vinculados a las referencias valorativas evangélicas. Las más grandes obras arquitectónicas son religiosas, al menos hasta hace muy poco tiempo, el arte, la estética de las fiestas, los ritos de paso de la vida y de la muerte... nuestra vida, tal y como la encontramos, es fruto del trabajo de siglos de fe y cultura cristianas. Ahora bien su misma amplitud es su propia debilidad. Esta determinación abarcante de todas las dimensiones de la vida (individual y social) por parte del cristianismo es lo que se ha venido llamando cristiandad. Y esta determinación cultural sigue en algún sentido las mismas leyes de vida que toda cultura y es aquí donde nos querríamos detener por un momento.

Toda determinación cultural es siempre ambigua porque aun generando posibilidades inéditas de vida, su implantación tiende a asumir, de una manera u otra, los pecados del hombre viejo: la rivalidad personal, la prepotencia y la opresión política, la determinación y opresión ideológica, la codicia económica... Tampoco se libra de ello una cultura cristiana. Eso significa que esta solo se conserva a la altura de su raíz

cuando se regenera de continuo en la lucha de los cristianos que la habitan por ser fieles al evangelio en su vida y en la configuración de las estructuras sociales que habitan. Sin embargo esto no suele pasar, pues la amplitud de lo abarcado suele realizarse en proporción inversa a la hondura de su profundidad.

La fortaleza de la cultura son las estructuras que suscita para sostener sus logros y sus objetivos, aunque el verdadero quicio de permanencia se esconde, por una parte, en las estructuras de iniciación a los valores que la conforman y, por otra, en su capacidad de regeneración en lo mejor de sí misma frente a las novedades de la historia que la ponen en entredicho. Sin embargo, cuando una cultura es omniabarcante en la sociedad, el fondo del que surge tiende a confundirse con sus realizaciones históricas y a solidificarse y, además, suele dar por supuesto que todo es evidente por sí mismo, que basta con seguir la vida tal y como está estructurada para que la vida se regenere en la forma de siempre. Su grandeza se convierte aquí en su misma debilidad, pues frente a las novedades que va produciendo la historia y que muchas veces ponen en entredicho la forma de comprender la realidad (no siempre la verdad de sus valores pero sí las formas de vivirlos) la sociedad tiende a cerrarse viendo lo nuevo como un enemigo que busca destruir esta misma sociedad.

Esto significa que va a crearse por reacción una contra-cultura que proviene de la estrechez de la forma antigua para vivir lo históricamente nuevo. Además se hace evidente que la cultura, en nuestro caso, la de raíces cristianas, proviene de opciones de fe que, por tanto, no son 'naturales', que no son evidentes por sí mismas al margen de la vida de fe que las acoge como verdades reveladas, tan plenamente humanas para el creyente como discutibles para el que no tiene fe, e incluso de opciones que para el que la tiene se tornan discutibles. Es decir, que necesitan iniciación que se da por supuesta.

Pues bien, esta ha sido la historia de nuestra sociedad occidental en los últimos dos siglos, y que ha explotado en los últimos decenios de nuestro país. El problema no ha sido tanto la agresión de poderes anticristianos, que los ha habido, sino la debilidad de una estructura de fe que se ha dado por hecha, por natural, sin cuidar los cauces de iniciación, y la debilidad de una estructuración de la fe demasiado rígida que no ha sabido regenerarse al contacto con los movimientos socio-culturales¹. Se dice en Filipinas que solo el bambú resiste los grandes azotes del agua y el viento por su gran flexibilidad.

Los versículos 6 y 7 del salmo 30 se tornan especialmente instructivos para percibir esa falsa seguridad de la cultura cuando está en sus horas fuertes. *Yo decía muy seguro -dice el salmista-: no fracasará nunca. Tu favor, Señor, hizo de mí una fortaleza inexpugnable; pero escondiste tu rostro y quedé desconcertado* (Sal 30, 7-8). Este pequeño texto afirma que lo que crea el Señor en el creyente (podemos decir igualmente en la sociedad) solo se sostiene en el tú a tú con él, porque solo él es la fuente de la vida. El mismo texto muestra el desconcierto que sufre el creyente/la Iglesia en esos momentos en los que pasa históricamente de ser roca inexpugnable a la irrelevancia de un pequeño pueblo sin arraigo en la sociedad. Lo importante de todas maneras no es la grandeza de las formas, sino la hondura de las verdades de vida que son las que consiguen, incluso en su pequeñez, hacer a las cosas valiosas, relevantes y esto es lo que se ha perdido en una cultura que olvidó la iniciación porque consideró *natural* la fe

¹ Se ha convertido ya en un tópico, tan verdadero como seguramente exagerado, decir que en el siglo XVIII la Iglesia perdió a los intelectuales, en el XIX a los obreros, en el XX a la familia y en el XXI perderá a la juventud.

misma (*yo decía muy seguro...*). Esto ha hecho que no solo la Iglesia haya decrecido cuantitativamente, sino que esté desfondada interiormente.

A esto se ha añadido un segundo elemento que es el sometimiento de la fe a la ética. Culturalmente esto se ha desarrollado (o se ha agravado) por contacto con el movimiento de la Ilustración, donde se ha querido transformar y organizar del mundo desde la voluntad racional (ingenuamente considerada como buena sin ulteriores matices) del hombre (política/economía) al margen de cualquier tradición previa, especialmente las configuradas por la religión religiosa. La fe se fue transformando en un espacio de sustentación de la moral, como su lugar de fundamentación. El hombre en sí (desgajado de su diálogo constitutivo con Dios) se ponía en el centro con la fuerza de su libertad y creatividad. El cristianismo quedó sometido a un reconocimiento social en la medida que generaba ‘buenos ciudadanos’ (deísmo moral), y consentido en la medida que ofrecía un cierto consuelo individual.

Esto dio la vuelta a la verdad cristiana. La revelación de Dios, que transmitía la estructura eclesial, quedaba juzgada por el mundo en vez de ser esta el juicio salvífico último sobre él. Al asumir esta posición, consciente o inconscientemente, se ha debilitado la fe de los creyentes, pues pese a la autodefinición de la Iglesia como *sacramento universal de salvación*, realmente vive en la conciencia de los cristianos como grupo entre grupos perdiendo su relevancia salvífica y, de esta manera, su vitalidad evangelizadora. Cabe aquí insertar los esfuerzos generosos de tantos cristianos que dándose cuenta de los necesarios cambios sociales (visibilizados *a fortiori* por la perspectiva evangélica) se han entregado a la recreación del mundo (necesaria sin duda), han educado y exigido esta actitud evangélica de la pro-existencia sin percibir que solo se sostiene en la fuerza de la fe que estaba desapareciendo como espacio dialogal (*místico* en el sentido de experiencia, Rahner). Así, a la vuelta de unos decenios la Iglesia parece vencida no solo en su capacidad de creer, sino también en su capacidad de amar². Por otra parte, la impotencia para arrancar el pecado del mundo y de la Iglesia no obstante tantos esfuerzos ha marcado a muchos con un cierto resentimiento que se expresa en la crítica continua del mundo y de la institución eclesial. No decimos que la solución estuviera en el sostenimiento del antiguo *status* como algunos parecen creer, pero este avance en el compromiso con el mundo, absolutamente necesario y esquivado tantas veces por la Iglesia debido a sus ‘compromisos’ con él, puede perderse (por desaparición o por conversión en ideología) sin fecundar a la Iglesia si no es reinsertado en una mística de la fe. Dicho con palabras sencillas: ya no es de recibo aquello de “lo importante es ser bueno y no el ir a misa”.

Por tanto la renovación necesaria pasa no solo por una formación teórica de la fe que nos hace saber mucho sin alimentarnos de vida, ni solo por un compromiso ético al margen de la fe que nos da buena imagen pero termina por desfondarnos o ideologizarnos al chocar con la dureza de un mundo que es mortal en sí mismo. La renovación debe darse en dos ámbitos: la salida de la pereza de la fe hacia una oración personal dialogal y la salida de la pereza del amor hacia la comunitariedad eclesial (que debe hacerse acogedora y defensora de los más débiles). Aquí se sitúa la llamada a recuperar el gusto por la Palabra y la Eucaristía como lugar de encuentro con el Señor. No es suficiente saber lo que dijo (en pasado) el Señor, es necesario entrar en un

² “Sucede hoy con frecuencia -afirma Benedicto XVI- que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no solo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado” (nº 2).

contexto de relación con él donde experimentemos cómo nos lo dijo (su amor entregado) y que nos lo dice aquí y ahora, a mí y a nosotros (en presente). Es esta actualidad relacional de la fe la que se necesita recuperar, tal y como se advierte en *Porta fidei* n° 3, citando al evangelista Juan: *Entonces ellos preguntaron: ¿Qué debemos hacer para actuar como Dios quiere? Jesús respondió: Lo que Dios espera de vosotros es que creáis en aquel que ha enviado* (Jn 6, 28-29). La petición de Pablo a Timoteo a “buscar la fe” (2Tim 2, 22) es recuperada igualmente para despertar a todos: “que nadie se vuelva perezoso en la fe” (n° 15).

Como ha intentado poner de manifiesto el mismo Benedicto XVI en otras ocasiones, la profundización en la vida de fe no separa de la entrega al mundo, sino que la sostiene en esperanza frente a todo fracaso y oposición. Ella es la “garantía de un amor auténtico y duradero” (n° 15). Si esto no se afronta, el “cáncer escondido” que asedia interiormente a la fe, y que no es otro que el dar por supuesto a Dios y vivir en la práctica como cristianos sin Dios personal, seguirá extendiéndose porque ya está en nosotros.

Ámbitos y propuestas de acción para el año de la fe.

Expondremos ahora las propuestas para este año. Estas no deberán entenderse solo como remedios a una situación de “enfermedad” de la vida cristiana que es real, sino igualmente como pilares básicos del continuo vivir y revivir de la fe en la historia de nuestra sociedad y de nuestra propia vida. Dicho de otra manera, se propone una especie de intensificación de lo esencial de la vida de fe, de tal manera que se recuperen hábitos perdidos, se reasuman realidades olvidadas, se refuercen prácticas habituales y se abandonen callejones sin salida. No hay otro objetivo sino centrarse en ser lo que somos con una cierta intensidad que refuerce la identidad cristiana reanimando el gozo de la fe y su movimiento evangelizador.

En este sentido el objetivo último es poner *al Señor como único salvador del mundo*, sobre todo para nosotros (n° 6). Re-injertarnos en su vida fecunda, recomponer los espacios de encuentro con su presencia, curar las heridas de nuestra relación con él y reactivar la alegría de su presencia en nuestras vidas. “Que este *Año de la fe* -dice Benedicto XVI- haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues solo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero” (n° 15). En este texto es importante la doble determinación de Jesús como *Cristo*, es decir, ungido para traer los bienes mesiánicos de la justicia y la paz, y como *Señor*, es decir, único determinante de toda realidad de nuestra vida.

Esta doble realidad supone que la relación con él se debe vivir en un doble plano. Primero en el asombro agradecido ante esta situación de gracia en la que hemos sido acogidos en el interior de este mundo irredento sin Cristo. Es necesario acoger esta dimensión salvífica de Cristo como la originaria, porque no es un líder moral/social más hacia una salvación estrictamente futura e incierta, sino el Señor de la historia. Y en segundo lugar, aunque esto no suponga sin más una determinación temporal, sometiendo todo a esta salvación dada: “los pensamientos y los afectos, la mentalidad y

el comportamiento” (nº 6). De lo contrario queda en entredicho nuestra misma fe en él como salvador³.

Pasamos ahora a describir los ámbitos del trabajo de fe propuestos para este año. Lo haremos organizando nuestra exposición a partir de cuatro verbos que aparecen en la Carta apostólica y que Benedicto XVI ha tomado de la convocatoria de Pablo VI al año de la fe de 1967 con el que pretendía que toda la Iglesia “tomara una exacta conciencia de su fe”, que “se diese una auténtica y sincera profesión de la misma fe” (nº 4). Por otra parte, si Pablo VI vio esta necesidad de afrontar las grandes transformaciones que habían tenido lugar dentro y fuera de la Iglesia en el inmediato pos-concilio, el actual Papa está convencido de que hoy, y a eso invita, es necesaria la revitalización de la fe igualmente bajo la guía de los textos conciliares (nº 5).

Vayamos, pues, a los verbos. El *Año de la fe* (aquel y este) busca que *reanimemos, purifiquemos, confirmemos y confesemos* la fe (nº 4).

- **Reanimar la fe.** El verbo presupone que nos encontramos en un estado de falta de espíritu, de aliento, de tensión en la vivencia de la fe. Si utilizáramos una expresión clásica en la vida espiritual diríamos que se trata de *volver al amor primero* y a la fuerza de su pasión. El adjetivo que da el Papa a esta fe renovada es el de *vigorosa* (nº 8). No basta vivir “como Dios manda”, no basta cumplir las determinaciones medias de la vida cristiana. La vida cristiana no está determinada por una plantilla de vida, sino que es un acontecimiento de relación que determina la vida entera y que pide una entrega total. La vida cristiana no coincide nunca con el cumplimiento de las normas (que existen y que son ayudas básicas⁴), sino que consiste en la escucha y acogida con cuerpo y alma del Señor para que él defina nuestra forma existencial en todo momento, aquí y allá... Por eso la reanimación de la fe pasa, en la práctica, por entregarse por un tiempo continuo a una *relación dialogal de escucha* con el Señor que configure todos los demás tiempos de la vida, y poner este tiempo como tiempo absolutamente por encima de todo otro tiempo. Solo se reanima la fe en la búsqueda del Señor, en la intención de entrega no a unas ideas, a unos mandamientos, a unos ritos, sino a aquel que nos ama, nos llama y nos define.

“Debemos descubrir de nuevo -dice la Carta apostólica- el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios [...] y el Pan de la vida” (nº 3). Para este Papa, por tanto, esto coincide en primer lugar con la ejercitación de la *Lectio*, con una lectura de la Palabra de Dios que se haga lugar de encuentro con su acción histórica, con su entrega por nosotros, con su llamada al seguimiento..., pero a la vez con una ejercitación de los sacramentos, en especial de la *Eucaristía*, como acontecimientos de gracia donde esta presencia se hace densa, se entrega, nos define... lo que supone vivirlos como acontecimientos de acción de gracias, de adoración, de súplica frente al acontecimiento salvífico dado, y no solo como una especie de estafeta de correos desde el que se envían mensajes a un destino que está *más allá*.

Pues bien, la *reanimación* a la que invita este *Año de la fe*, pide un compromiso de fe sobre la fe: *creo Señor, ayuda mi poca fe*. Es esta entrega de la fe la que la

³ Evidentemente, será necesario integrar la debilidad propia de nuestra vida, pero esta no debe ser nunca una excusa para descafeinar a Cristo y a la vida cristiana.

⁴ Estas son igual de necesarias que de peligrosas, por su capacidad de ser asimiladas a un estilo de vida no religioso como el ‘tiempo y espacio para Dios’ que lo saca en la práctica de la vida concreta.

hará fecunda, fuerte para dar vida a nuestro alrededor. Se nos pide a los que vamos tirando, a los que damos las cosas por sentadas, a los que vivimos de la inercia que va desgastando la hondura salvífica del evangelio... que despertemos (Rom 13, 11). Quizá no se trate de hacer muchas más cosas, sino de abrir los ojos de la vida interior a lo que hacemos y acogerlo como fuente de una vida inusitada. Volver a mirar el rostro de Dios en la novedad que insertó en el mundo con su Hijo y le habita en cada instante. Las mismas realidades pueden dar de sí mucho o poco según se vivan, pueden abrir su interior o permanecer cerradas a la mirada dependiendo de la confianza que se les otorgue (Mc 4, 10-12). Jesús en su predicación no creaba situaciones cotidianas nuevas para sorprender, sino que daba novedad a estas situaciones al presentarlas como lugares de Dios, donde Dios mismo salía personalmente al encuentro. Esto es lo que hemos de recuperar.

Para los dirigentes de las comunidades esto supone buscar formas sencillas de *mistagogía* de la Palabra y de la Eucaristía, sin dejarse llevar simplemente por explicaciones del texto como si fuera simplemente una fuente de ideas, o por un ensanchamiento de la liturgia con antiguas o nuevas rúbricas que solo la hacen más solemne o entretenida sin ir al centro de su verdad.

- **Purificar la fe.** Este verbo nos pone frente al problema de la deformación de la misma fe en su fluir en nuestra vida individual o eclesial. La fe está continuamente en contraste con ideas, intereses, dinamismos de vida, estructuras sociales... que chocan con ella y que tienden a someterla no solo socialmente, sino más gravemente aún, en el interior de los creyentes. Los creyentes estamos habitados por la fe que nos define, es verdad, pero esta fe está en continua lucha con la forma de pensar, sentir, imaginar y actuar del hombre viejo, del hombre tentado e incluso dominado en algunos de sus dinamismos por el pecado que tiene concretas concreciones en nuestra cultura. Esto significa que la fe aparece como una continua lucha contra otras formas de imaginar la realidad, de definirla, de organizarla que existen de hecho en la sociedad y con las que somos contrastados no solo desde fuera, sino desde nuestro mismo interior. Ciertamente no todo es malo, pero todo debe ser discernido desde el evangelio (Rom 12, 2; Flp 4, 8-9).

Esto supone que es necesario, de continuo, pasar por el crisol de los contenidos de la fe, de su imaginario. El Papa invita a “intensificar la reflexión sobre la fe” (nº 8) que la desligue de las ideologías y dinamismos sociales que la van impregnando y deformando en su forma de concebirla. Se trata de hacer que la adhesión de la fe sea más *lúcida* (nº 8). Para ello es necesario el conocimiento de la propia fe. La lectura de los documentos del Concilio Vaticano II (nº 5) y del Catecismo de la Iglesia Católica (nº 11) es propuesta con especial énfasis. Igualmente añadiríamos el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia.

Sin embargo, hay que llamar la atención sobre la pobreza de instrucción en que se encuentra nuestra Iglesia (no solo los laicos). No solo son desconocidas verdades básicas de la fe y su significado profundo de forma actualizada, sino las formas y dinamismos básicos de la vida espiritual cristiana⁵. De esta manera, muchas formas que parecerían cristianas están configuradas por una perspectiva pagana o de religiosidad, digamos, silvestre. Son necesarias, pues, una lectura y estudio (que

⁵ La Carta apostólica afirma que los contenidos de la fe “tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado” (nº 4). Añadiríamos nosotros que, en muchos casos, incluso descubiertos.

habitualmente tendrá que ser sencillo y adaptado) que nos ofrezca no solo orientaciones normativas cristianas para la vida, sino aquella formación del corazón que lleva a imaginar el Reino y a vivir en el espacio de su comprensión tal y como hacía Jesús. En los últimos decenios, pese a las críticas de algunos que la tachan de época aciaga de secularización eclesial, han vivido hombres y mujeres de gran talla espiritual que, justo por vivirla en medio de las riquezas y las limitaciones de esta época, pueden convertirse en testigos y maestros fiables de la vida cristiana.

Toca a los dirigentes de las comunidades sentarse a leer, a estudiar para conocer de primera mano en la medida de lo posible, para tener una palabra que no sea solo la de los consejos píos, la del sentido común, la de los tópicos eclesiales que hacen huecas las predicaciones o las convierten en malos augurios contra el mundo. Se trata de ofrecer una palabra de fe cierta, fiable, de forma respetuosa; una palabra imaginativa y profunda; una palabra compañera y guía que no solo enseñe contenidos de fe y de moral, sino que enseñe a reflexionar cristianamente para, en el aliento del Espíritu, el pueblo de Dios llegue a adquirir en verdad la verdadera libertad creyente.

¿Habrá que afrontar si la imagen de Dios, la de la Iglesia, la del mundo... que tenemos es la que imaginó Dios al llamarnos a sí? Y esto lo tendrán que hacer no solo los fieles laicos, sino los religiosos y los ordenados, porque purificar la fe en sus contenidos suele suponer casi siempre tener que recomponer nuestra posición de existencia, nuestras formas de juicio y nuestras maneras de actuar.

- **Confirmar la fe.** Pero, ¿cómo se confirma la fe si es esto mismo fe? ¿Cómo adquiere confirmación? “La fe solo crece y se fortalece creyendo”, dice Benedicto XVI en el nº 7 de *Porta fidei*. Y sigue: “no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios”. Esto supone que la misma fe tiene un dinamismo interior que la configura como cierta en su misma vida y que no se descubre sino en la entrega confiada a ella. “Venid y veréis”, dice Jesús a unos que le preguntan por su *hábitat*. Esto supone que la vida personal de fe, es decir, la gratitud hacia Dios, la generosidad con los otros, el perdón ofrecido... nos van abriendo a su misma riqueza. De la misma manera, la celebración pausada, confiada, alegre de la fe en la eucaristía, en el sacramento de la penitencia, la vida de amistad y preocupación comunitaria en torno al Señor con su mismo Espíritu... en algún sentido terminan por hacer irrelevante la pregunta teórica por la verdad de la fe, pues esta termina viviéndose en su concreta verdad salvífica: la fe se afirma a sí misma y en los que la han recibido y la cuidan se ofrece con luz propia.

Por eso, este *Año de la fe* nos invita a buscar en lo que ya se nos ha dado como lugar de vida (la palabra, los sacramentos, la comunidad, la generosidad hacia los otros...) la salvación que ofrece Cristo y a la que nos abre la fe. Es necesario que miremos a los que nos rodean en la comunidad de fe como un regalo de Dios (como decía san Francisco: *el Señor me dio hermanos*), a los mandatos como caminos de vida, a la Eucaristía como un encuentro real, vivo con Cristo, a la Palabra como su misma voz... Para todo esto hace falta fe, pero la pequeña confianza que pongamos será reconvertida en verdadera fe salvífica, al igual que la pequeña confianza que ponemos al lanzarnos al agua hace que sorprendentemente, pesando lo mismo que los que no saben nadar, flotemos y podamos vivir la alegría del juego con el agua.

- *Confesar la fe*. La confesión de la fe es siempre un acto público. Esta confesión afirma exteriormente, en medio del mundo, la verdad interior que nos define. De esta manera nos inserta en él en una forma de acuerdo entre interioridad y exterioridad que nos da una vida unitaria separándonos de la tentación de una doble vida. La confesión de fe es así testimonio público de la verdad de nuestra fe ante los demás, y esto se realiza con las palabras y con las obras. El año de la fe convocado por Pablo VI tomó como ocasión el decimonoveno centenario del martirio de Pedro y Pablo, forma suprema de su confesión de fe. Sus cuerpos mismos se hicieron expresión fidedigna de su fe *ante la Iglesia* y *ante el mundo* en ese momento. A nosotros se nos pide que nuestra fe se haga confesión pública ante nuestros hermanos de vida cristiana para que nos sirva de mutuo aliento y, ante nuestros vecinos, para que sirva de testimonio de la buena noticia del Evangelio que tantos esperan quizá sin saberlo (nº 10,6º parr.).

Por tanto, se nos invita a decirnos unos a otros y en múltiples formas que creemos, y a decir juntos al Señor que creemos en él (nº 8). Desde la recitación compartida de la confesión apostólica hasta las formas concretas de nuestra presencia pública que nos definen como creyentes con sencillez... habremos de buscar elementos que al integrarlos en nuestra vida nos ayuden a expresar nuestra fe y así a fortalecerla unos junto a otros y a ofrecerla a los demás con la certeza de que les ofrecemos la perla ante la que se venden todas las demás. No estaría de más en este tiempo reflexionar sobre cómo elementos tradicionales de testimonio de la fe están siendo fagocitados por una forma arreligiosa de vivirlos y buscar forma de reorientarlos en la medida de lo posible (aquí el tema de la religiosidad popular es especialmente importante). Pero es necesario igualmente que la fe tome cuerpo testimonial público en una caridad abierta a las necesidades de los que nos rodean (nº 14). Una caridad a la altura de la vida social que nos ocupa, donde la vida política, económica y cultural exige una implicación más honda que la simple colaboración económica puntual con *Caritas* u organizaciones similares. Es necesario, y no sería un trabajo pequeño para este año, discernir hasta qué punto el lenguaje de la caridad que habitualmente utilizamos tiene referentes reales a su altura en la vida personal, de nuestros grupos y de nuestra Iglesia.

Después de esta presentación de las propuestas para este año de la fe querríamos terminar nuestra reflexión apuntando que no se nos pide nada especialmente complicado, que no se nos pide comenzar a inventar actividades para llenar el *Año de la fe* justificando su celebración. Se nos pide, como afirma el nº 13 de la Carta apostólica, “tener durante este tiempo la mirada fija en Jesucristo que inició y completa nuestra fe (Hb 12, 2) pues en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano”.

En un determinado momento de cada eucaristía la plegaria eucarística nos invita a percibir cómo estamos inmersos en una nube de testigos que nos acompañan como aliento de fe al mostrarnos en su vida el camino cristiano llevado a plenitud por Dios. De la misma manera, el Papa en *Porta fidei* hace un repaso por estos testigos de fe que es necesario recuperar como sostén de nuestra marcha. Hay que aprovechar esta compañía de la comunión de los santos en la que somos sostenidos no solo por la intercesión, sino también alentados por el ejemplo de tantos que nos han precedido. Los santos, amigos de Dios, fieles esforzados en la lucha de la fe, y confiados en el gozo del

evangelio, acompañan y sostienen nuestros vacilantes pasos. ¡Es tanto lo que de ellos podemos recibir!

En la medida en que vayamos redescubriendo más allá de nuestras torpezas y pecados, más allá de las torpezas y pecados de la Iglesia, el incansable afán del Señor por darnos vida, la incansable fidelidad del Señor para esperar por nosotros sin pasar de largo en nuestra vida, la asombrosa generosidad para hacernos hueco en el mismo corazón de su vida divina... en esa misma medida se nos iluminará la mente y el corazón, cobrará fuerza la voluntad de amar y el mundo encontrará en nosotros motivos para la esperanza. Es así como podremos ofrecer el Evangelio como lo que es buena noticia de salvación para todos (nº 15).

Terminaré con una última cita de Benedicto XVI en su carta apostólica *Porta fidei* (nº 15) que nos reta a confiar en que podemos ser lo que Dios espera de nosotros:

Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, esa que no tiene fin.

Francisco García Martínez,

*para la XXXVII Semana de Estudios Vicencianos
(Salamanca, 20-22 de Agosto de 2012)*